

Noemí, o la función de la bailadora*

Se podría decir que Noemí era más clienta de Carla María que de los demás. Del mismo modo que Enrique el camionero y compañía eran de Mario, y Lorelai la gringa, también, a pesar de que la compartía con uno de los Cárlozes, y el gerente joven de los cines del bigote colorado era de María C., y los muchos vecinos de Juan Carlos de él mismo, y así por el estilo. Sin embargo, todos tenían claro que el tipo de propiedad que ejercían sobre estos era una cuestión más bien cuestionable. El hecho de que un cliente fuera de uno u otro realmente no tenía mucho valor en sí mismo, con excepción de un poquito más de *whip cream* aquí, un poquito más de helado acá y, de mil en cien, un descuento ilícito del que el cliente no se percataba hasta después. A veces ni eso. En el caso de Noemí, sin embargo, la cuestión era un poco embelesada, porque ella prefería a Carla María y Carla María la prefería a ella.

Noemí solía venir entre las dos de la tarde y las dos y media, tiempo muerto en día de semana. Ante la ausencia de otros clientes, Carla María y Noemí tenían largas conversaciones por encima de la caja registradora. Noemí fue la primera persona a quien Carla María le contó que rompió con su novio. Le dijo porque Noemí pertenecía a otro mundo, a otro régimen de cosas y, sin miedo ni bochorno, le confió que fue ella la que dejó a Ricardo, su novio de cinco años, a pesar de que era un tipo bueno y de que ella misma había planificado su vida alrededor de la certeza de que se quedaría con él, y que, junto a él, viviría una vida bastante cómoda.

Desde que Ricardo estaba en cuarto año, que fue cuando se ennoviaron, su papá y su abuelo lo habían comenzado a entrenar en y para el negocio familiar, uno de los tres centros de reciclaje y acopio de hojalata y metales que había en Caguas. No era el

* Fragmento de la novela *Los días hábiles*, México, Ediciones Destino, 2020.

más grande ni el más exitoso, pero sí era estable y venía acompañado de una herencia. Recién en mayo, al terminar de estudiar Administración de Empresas en el Recinto de Cayey, Ricardo comenzó a tener acceso a ese legado y a fungir como segundo en mando de Díaz Scrap & Metals Corp. Ricardo celebró el nuevo estado llevando a Carla María a Ponce y alquilando una habitación en el Hotel Meliá, del cual apenas salieron una vez, para llevar a cabo un simulacro de gira escolar en el que recorrieron las paredes rojinegras del Parque de Bombas y la decepcionante sencillez del sitio arqueológico del Parque Ceremonial Indígena Tibes, en el que ambos desearon que los indios taínos hubieran sido gente un poquito más, no sé, pomposa.

Noemí era la única persona que Carla María había conocido que parecía no juzgarla o, por lo menos, la única persona que conocía que no llevaba a cabo el mismo tipo de juicios que todos los demás seres humanos. Por eso le pudo decir, mientras Noemí se comía el helado mediano de chocolate con pedacitos de galletas Cameos y *marshmallows*, que había dejado a Ricardo porque cuando lo miraba no podía evitar pensar en un rompecabezas casi completo de dos mil piezas que alguna vez habían montado entre los dos, durante todo un verano, encima de una mesa circular, y en el cual invirtieron alrededor de hora y media por día, bebiendo *Mountain Dew* con el televisor encendido. Carla María le dijo a Noemí que al mirar a Ricardo, en alguna ocasión, lo vio como esa pieza que en cuanto una la coloca, revela dónde van todas las demás. Lo raro fue, sin embargo, que al verlo así, lo que le dio miedo a Carla María no fue el hecho de que él figurara como esa pieza, o que el rompecabezas se hiciera más fácil al colocarla. Es decir, no fue que todo tuviera sentido con él ahí. Lo que la asustó un montón fue que al colocar esa pieza no podría ver el color de la mesa que quedaba debajo, que la imagen del rompecabezas escondería la imagen de la mesa. Pensando que lo que explicaba no tenía sentido, Carla María aclaró que no era que quisiera ver la mesa en sí. O sea, que lo que le dio miedo fue la posibilidad de que la imagen del rompecabezas bloqueara la imagen de la mesa –y añadió muy rápido que la mesa en este caso era solo una mesa y no era ni tan siquiera parte del rompecabezas ni tampoco una metáfora–. Frustrándose ella misma con su explicación, Carla María le preguntó a Noemí: ¿cómo podía decirle a Ricardo que no lo estaba dejando porque le tenía miedo al compromiso, o porque se había aburrido, o porque quería estar con otros tipos, o porque no lo amaba o algo por el estilo? Lo amaba muchísimo, de hecho, *¡pero la mesa!*

En más de una ocasión, Ricardo le había dicho a Carla María que estaba seguro de que ella había nacido sin la capacidad de mentir. O, por lo menos, predispuesta a decir la verdad. La naturaleza, decía, la había maldecido con lo que él denominaba el síndrome Pinocho. Según él, cuando ella mentía era imposible no saber que lo hacía, porque el ojo derecho le parpadeaba demasiado, la piel se le erizaba y el tono de voz repentinamente se le agudizaba hasta transformarse en un chiste en falsete. Carla María resintió el comentario en una o dos ocasiones. Pero las más de las veces, que él la cogiera en una tímida mentira, o que él le advirtiera que era imposible no darse cuenta, le causaba una agradable sensación de seguridad. En esos momentos, ella no tenía que hacer más que exhalar, decirle que tenía razón, que había mentido.

Entonces reía con un poco de bochorno infantil y se desplomaba sabiendo que los brazos de él estarían ahí para recibirla.

Sin embargo, la mañana del 2 o 3 de junio, le dijo a Noemí, le avisó a Ricardo, justo cuando se habían despertado en el nuevo apartamento de este, que no podían seguir como lo habían hecho por años. No podían hacerlo, en primer lugar, porque no creía que debían seguir juntos y punto. En segundo, porque hacía unas semanas se había tirado a uno de los muchachos que trabajaban en el cine. Ricardo palideció. La miró con los ojos muy abiertos, sin saber exactamente qué hacer. Carla María no supo por qué añadió lo segundo, que era totalmente falso. Mentira: sí sabía. Una parte de ella, inmadura e impulsiva, quiso probar a Ricardo. Esperaba que él reaccionara en silencio, que reaccionara observándola muy lentamente, buscando y constatando el parpadeo de su ojo derecho, la piel erizada, el tono agudo. Esperaba que él le dijera, como siempre, «mientes, Julia de Burgos, mientes», burlándose de una maestra de Español que alguna vez tuvo y que declamaba poesía en el salón a la vez que regañaba a sus estudiantes. Pero no hizo nada de esto. Simplemente se desvaneció. Tal vez eso le dolió aún más a Carla María: que hubiera sido tan fácil cumplir su cometido.

Noemí la escuchó en silencio, añadiendo aquí y allá un «entiendo» o un «hummmm», pero no la interrumpió. Cuando le fue a dar su consejo, o tal vez cuando fue a decirle que así era la vida, que a veces uno se deja, a veces no, entró un cliente, y detrás de este otro y otro, y ya eran las cuatro de la tarde, lo cual quería decir que los niños habían comenzado a salir de las escuelas de verano y los campamentos y los cuidados y de todos los lugares donde son reclusos para poder garantizar que el negocio sea el negocio.

Noemí era llenita, bajita y de ojeras eternas a pesar del buen sueño. Tenía el pelo pintado de rubio desde los trece años, al punto de que ya nadie la recordaba de otro modo –ni tan siquiera su mamá, no solo porque sufría de Alzheimer, sino porque apenas había tres fotos en las que salía con su color natural y dos de estas habían desaparecido entre mudanza y mudanza. Venía a The Creamery where ice cream meets heaven los viernes, aunque dos veces al mes, alteraba la rutina y sacrificaba el mantecado para acompañar a su progenitora al cementerio Borinquen, en la carretera número uno, donde llevaban a cabo un recorrido de once paradas, entre las cuales se encontraban sus cinco tíos, su papá, y una serie de parientes a los cuales había conocido solo en aquel estado. En The Creamery siempre ordenaba lo mismo y Carla María siempre solía atenderla, con algunas excepciones en las que la segunda tenía que cambiar su horario, lo cual a Noemí no le molestaba en absoluto. En estas ocasiones, la había atendido casi siempre Carlos, este Carlos de ahora, y no el otro, pero jamás había intercambiado algún comentario más allá de lo normal.

Para Carla María, Noemí era otro de los pájaros raros. Era probable que lo fuera para muchísimas personas más. Pero en su caso, la rareza se había mostrado fértil para la amistad, y entre las dos podía decirse que existía tal relación, a pesar de que se trataba de una amistad tendida por encima del mostrador, porque habiéndose conocido por más de ocho meses, jamás habían

compartido palabra fuera de la tienda. «Fuera de la tienda», por supuesto, no incluía las afueras de la tienda ni el estacionamiento, porque las pocas veces en las que Noemí iba tarde –ese día contaba, ya que había llegado a las cuatro menos veinte, por el tapón, como bien había predicho Juanca en el teléfono–, solían seguir charlando sentadas en las escaleras que daban a los carros, o en alguno de los restaurantes limítrofes. No obstante, más allá de eso, jamás. A Carla María ni tan siquiera se le habría ocurrido tal cosa si no fuera porque Carlos le había preguntado en múltiples ocasiones que por qué no lo hacían, y Carla María siempre se descubría tirando de los hombros y respondiéndole con un simple «porque no», con la finalidad que solía hacerlo su mamá cuando no la dejaba salir con sus amigas sin molestarse en dar explicación alguna. Aun si se le ocurriera hacerlo –intentar verse con Noemí fuera de la tienda–, Carla María estaba segura de que sería casi imposible. Noemí era, además de pájaro raro, o quizá por eso mismo, un animal de rutinas.

Tenía un nombre completo, por supuesto –Noemí Cristina Torres–, pero desde hacía más de dos décadas no había pronunciado en voz alta el segundo, lo cual, tras el resquebrajamiento de la memoria de su madre, había hecho posible que nadie pudiera recordar que existía, con la posible excepción de algún conocido de la escuela elemental que, sin ella saberlo y sintiéndose nostálgico ante la ruta que hubo de haber tomado su vida, se sentara quincenalmente frente a una libreta de líneas entrecortadas a pasar lista de todos los nombres que era capaz de recordar de sus compañeros de clase de segundo grado de 1967. Aún más recientemente, desde el 6 de junio del 92, el día después de que las doscientas cuarenta y cuatro embarcaciones de la Gran Regata Colón encallaron en muelle puertorriqueño, Noemí había comenzado a abjurar de su primer nombre también, para comenzar a pensarse como una parte más en la cuidadosa relojería que comenzó a ensamblar a partir de ese mismo día, a partir del momento en que estacionó su Mitsubishi Mirage del 89 a la entrada de la casa de su madre en el barrio Bairoa la veinticinco –el cual Noemí le había dicho a Carla María tenía muy poco que ver con el barrio Bairoa tal cual–, donde vivía entonces, y donde seguiría viviendo el resto de su vida.

Si Noemí creyera en las epifanías, hubiera podido decir que fue exactamente eso lo que le ocurrió mientras miraba las decenas y decenas de embarcaciones y los cientos de personas de la Regata. Una epifanía en la que un plan se le develó como la proyección de una película en el telón blanco del cine. O, por lo menos, eso se dijo durante toda aquella tarde noventera, hasta llegar a su diario y sentarse a pasar inventario del día y ver, en las notas de las semanas y meses anteriores, anotaciones que más o menos apuntaban en dirección de lo que comenzaría a llamar La Idea, y que a pesar de las mayúsculas con las que se lo imaginaba era un plan bastante sencillo: «pensarse como función». Esto quería decir tanto como tan poco y Noemí lo sabía. Por eso fue que no se lo dijo a Carla María hasta mucho después de que comenzaron a considerarse amigas. La heladera no lo comprendió en un principio, pero no se lo dejó saber a Noemí.

La verdad era que, a diferencia de sus hermanas, Carla María no tenía ningún problema con la ambigüedad. Al contrario. Eran las situaciones que se presentaban sin ningún margen de error

o sin ninguna posibilidad de reinterpretación las que hacían que se le trincaran los músculos del cuello, que se le cortara la respiración y que comenzara a sentirse ahogada, ansiosa. Por eso era alérgica a lo sentencioso de las matemáticas –su mamá todavía recordaba la llamada de la secretaria del colegio que, primero, le informó que su hija acababa de tener un ataque de nervios en pleno examen de Álgebra y que había estallado en un llanto que la estremeció por horas, y, segundo, sin ninguna transición, que le recomendaba que buscara ayuda.

Carla María esperó y escuchó más y, poco a poco, fue entendiendo lo que quería decir Noemí. Dos meses antes de la Gran Regata Colón, Noemí, de treinta y dos años en aquel momento, se había pegado en la lotería y se había ganado la tupida suma de dos millones de dólares; lo cual en 1992 era mucho más que en 2005, aunque aun entonces seguía siendo una cantidad obscena si se mira el mundo como Noemí lo miraba y lo continúa mirando hasta el día de hoy. Tras impuestos y tarifas y quién sabe qué más, Noemí recibió millón y medio. La Idea dependía de este repentino cambio de fortuna. Cuando ganó la lotería, Noemí llevaba trabajando diez años para un viejo abogado de pueblo y, como sabían las pocas personas a quienes les tenía confianza, estaba cansada. Esto, en sí mismo, no sorprendería a nadie, solía decir Noemí, porque mucha gente se cansa. De hecho, su mamá, cuando todavía se sabía a sí misma mamá y podía hablar y pensar sin deshacerse, solía decir que no había nada más humano que cansarse, pero que, al mismo tiempo, no había nada tan poco humano como el cansancio. Luego de una breve pero dramática pausa, solía añadir con algo de perplejidad que Dios mismo se cansó tras todo el ajetreo de crear el universo, lo cual siempre le pareció extraño, porque quería decir que la omnipotencia y la omnipresencia y todas esas otras omniculturalidades providenciales eran pura cuestión de aguante y resistencia.

A todo esto, Noemí le respondía que su caso era distinto, porque no había descanso que la hiciera recuperar las fuerzas. Su cansancio era otra cosa, le dijo Noemí a Carla María, mirándola cuidadosamente, como si calculara cuánto podía compartir. Al ver que el rostro de la heladera no cedió a la duda con la que se mira a los fanáticos religiosos, añadió que era la vida misma lo que la cansaba. Aclaró que, de cierto modo, eso no era lo que quería decir, pero no sabía cómo más hacerlo. «Me explico», dijo, y eso hizo, diciendo que la vida en sí misma, la vida en tanto levantarse y abrir los ojos y bombear sangre e inhalar y exhalar y alimentarse y defecar y orinar y menstruar y todas esas cosas no cansaban en sí, sino que era todo lo demás lo que la había agotado sin tregua. No era que la suya fuera una vida intensa, o una mala vida, pero todo eso tenía que ver muy poco con «su situación».

De sus amigas, Noemí era la menos guapa, es cierto. También era la menos divertida, la menos inteligente, la menos afortunada, la menos perfilada, la menos motivada y la menos entretenida. Pero era, por millas, la que bailaba mejor. Y esto lo sabía porque llevaba años yendo, una vez al fin de semana, con sus cinco amigas de la escuela superior que seguían solteras, al Rancho de los Trovadores –un extenso rancho en el costado de una colina en las ruralías cagüeñas al que se iba no solo a bailar, sino a *bailar bien*. También había quien iba beber o a comer frituras, pero

hasta ellos sabían que lo importante era lo del baile. Las primeras horas en el Rancho siempre consistían en el hostigamiento de hombres de todas las edades, aunque mientras más viejos más persistentes. No era a ella a quien molestaban, ofreciendo trago y pidiendo bailes, sino a sus amigas. Noemí solía esperar pacientemente por quien, hacia la segunda o tercera hora de su presencia en el Rancho, sin más opción –casi siempre un ebanista de la montaña, vestido en una polo de rayitas con los tres botones desabrochados, y un crucifijo de plástico azul cielo colgando entre los rizos de su pecho–, pasara de largo a las otras y le estirara una mano dura dispuesta a bailar lo que fuera –salsa, merengue, o bachata. Una vez que esto sucedía, una vez que la música empezaba y, con ella, Noemí, las ofertas se multiplicaban por horas, hasta que la noche comenzaba a tiritar en agotamiento y los músicos a dispersarse. No era que en el baile Noemí se sintiera más libre, o que en el baile le volvieran sus energías vitales. Nada por el estilo. Pero sí era verdad que, durante esos minutos, a pesar de no sentirse más o menos viva, sí se sentía menos cansada. Achacaba esa falta de cansancio al inmiscuirse en un sistema de pasos específicos, de variaciones, sí, pero de variaciones predecibles, insertas en los confines de una canción igualmente previsible, en la que tanto él como ella, fueran quienes fueran, dejaban de ser quienes eran, y pasaban a ser Bailador y Bailadora, Llevador y Llevada, y por cinco o seis minutos, si se tenía suerte y le tocaba un bailador callado, se transformaba en otra cosa; en eso que en la Regata Colón se le ocurrió llamar una «función».

Carla María asentía, creyendo entender.

–Desafortunadamente, una no puede bailar toda la vida –le había dicho Noemí unos meses atrás a Carla María, aunque también se lo repitió ese viernes 22 de julio, cuando Carla María misma le comentó, tras servirle un helado mediano de *cheesecake* con pedacitos de bizcocho amarillo, fresas y *whip cream*, que se comenzaba a sentir desgana, aunque la heladera aseguró que no lo quería decir del mismo modo que ella, pero aun así, pues, estaba desgana, ¿y qué vamos a hacerle? A pesar de que Noemí le había dicho lo mismo varias veces: «una no puede bailar toda la vida», a modo de refrán, aunque también casi como si se tratara de un sermón cuyo evangelio era la dejadez estructural, ese día Carla María deseó poder emularla, no por primera vez, aunque sí sinceramente.

–Una no puede bailar toda la vida –le había repetido Carla María a Carlos hacía tres semanas, cuando se habían descubierto en la misma cama, con poca ropa, y sin nada que hablar. Él no supo a qué se refería, aunque por un segundo pensó que Carla María hablaba eufemísticamente, para decir que ya, que esa misma noche no volverían a trastocarse, pero ella rápido aclaró que simplemente se había recordado, de la nada, de lo que decía Noemí.

–Una no puede bailar toda la vida, dice Noe, aunque se las arregló para bailar toda la vida –comentó ella, con la sábana hasta la quijada y el pudor hasta la coronilla.

–¿Cómo que se las arregló? –preguntó Carlos en aquella ocasión, siguiéndole la máquina, sin mirarla, aunque lo más que quería, ahora que tenían la luz encendida, era echar un vistazo debajo de la sábana para realmente ver a Carla María desnuda porque, en aquellos días, se había percatado

de que nunca había visto desnuda a ninguna de las pocas muchachas con las que había estado. Bueno, las había visto fragmentariamente desnudas, pero nunca, por bochorno, había podido mirar, así, sin ningún disimulo. Esa era la única razón por la cual había comenzado a considerar que tenía que conseguirse una habitación de un motel en algún momento, especialmente estando en Caguas, porque tenían vidrios en todos lados. La única vez que se lo comentó a su novia de aquel momento, Marimar, ella se había indignado y le había dicho que ella se respetaba, así que no lo volvió a mencionar.

—Se las arregló —repitió Carla María—, se pegó en la lotería, y, pues, como ella entiende el baile como algo así bien controlado y específico, decidió hacer eso mismo con su vida.

—¿Cómo que hacer eso mismo con su vida?

—Tú sabes, cogió el dinero que le dieron, que terminó siendo como millón y medio y lo dividió por treinta y cinco o algo así, y se dio un salario de qué se yo cuánto, ¿cómo cincuenta mil pesos por año?

—Si es a treinta y cinco años, como cuarenta y tantos.

—Pues, eso. Se dio ese salario en el 92 y dejó de trabajar y de hacer todo lo que hacía, y dedicó los lunes a ir a la plaza de Caguas a caminar y leer un libro, los martes a cortar la grama, los miércoles a leer los periódicos de la semana anterior, los jueves a hacer la compra de la semana y, una vez que se abrió nuestra tienda, los viernes a venir a The Creamery a comer helado, para en la noche irse a bailar al Rancho de los Trovadores, aunque progresivamente sin sus amigas, porque ellas se fueron enamorando y casando o saliendo preñadas, y ya no hay nadie que la acompañe; los sábados a cuidar de su madre, y los domingos a descansar, a pesar de que según ella eso no hace nada por el cansancio...

—¿Y qué pasa después de treinta y tantos años? —preguntó Carlos.

—Pues, no sé —respondió Carla María, casi en contra de su voluntad, porque realmente no sabía. Nunca le había preguntado a Noemí, aunque lo hizo después esa misma semana. En ese momento, dejó de pensar en Noemí y comenzó a estresarse al ver que se le acababa el hilo a un tema que ella esperaba durara bastante o, por lo menos, lo suficiente como para que uno de ellos se quedara dormido sin mucho escándalo ni transición, y así no se notara que se moría de los nervios. En parte, quería que fuera Carlos quien se quedara dormido primero, mientras la luz seguía encendida, para poder mirar debajo de la sábana sin tener que sonrojarse ni hacer nada. Un rato antes, cuando estaban en plenos asuntos carnales en la oscuridad, se había sorprendido al tocar el cuerpo del heladero y descubrir que era más gordito de lo que aparentaba, menos sólido, menos tendón y músculo que Ricardo. Apretar un cuerpo en el que se podía seguir apretando sin tocar hueso le pareció extrañísimo, aunque divertidísimo, y, pues, quería ver.

El viernes siguiente, a las tres de la tarde, Carla María le preguntó a Noemí que qué sucedería cuando se acabara el dinero, a la vez que le pasaba un helado de *cheesecake* con bizcocho amarillo, *whip cream* y fresas. Noemí tiró de sus hombros y le dijo que nada, a lo que Carla María le preguntó que cómo que nada, y en ese círculo siguieron unos momentos, hasta que

Carla María pudo deducir que para Noemí no existía nada después de esos treinta y cinco años, que después de ellos sí que se acababa el baile, colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Tras un rato, Carla María volvió al tema y Noemí meneó la cabeza y le dijo que no, que después de esos treinta y cinco, de los cuales realmente solo quedaban veintidós, «qué se yo, expiraré, así porque sí, sin mucho esfuerzo, ni mucha voluntad». Lo dijo tan naturalmente y tan relajada como decía todo lo demás, y Carla María pensó en cómo siempre que compraba leche se le dañaba antes de tiempo. No importaba lo mucho que intentara acabarla antes de la fecha impresa. Tampoco importaba la cantidad que comprara, si medio litro o un cuarto de litro, siempre se le pasaba. Solo se enteraba luego de servirse un café con leche que, tras un segundo sorbo, se revelaba espeso y crujiente, lo cual la obligaba a volver a comenzar su día desde cero y esperar los diez minutos que tomaba la greca de hierro y mango rojo para comenzar a hacer subir la sustancia prieta nuevamente.

Ese día, el viernes 22, Carla María pensó que si fuera a decirle a alguien que no perteneciera a The Creamery acerca del asalto sería a Noemí, porque aunque no entendiera el plan en sí mismo, sí sería la única persona que entendería la necesidad de querer fugarse de la vida. La única persona que entendería que para tal fin no se necesitan grandes gestos.

Desafortunadamente, a tres minutos para las cuatro, a pesar de haber estado en la tienda menos tiempo de lo normal, Noemí se despide de Carla María, diciendo algo acerca del tráfico, y termina su helado. Carla María quiere interrumpir su partida, pero un nuevo cliente la detiene, y, al mismo tiempo que le da una recomendación a este, ve a su amiga salir por las puertas de vidrio y, de repente, la golpea la sensación de que no volverá a verla.

Años después, una de las tardes de verano en las que sudará tirada en la cama de su nuevo apartamento desamueblado, con su embarazo como un peñón que le deforma el vientre e intenta alcanzar el techo, sola, Carla María pensará tanto en don Walter como en Noemí y se los imaginará como miembros de una sociedad secreta, una sociedad de pájaros raros que no se conocen entre sí, pero que por vivir *de cierto modo* pactan, se matriculan a un grupo sin matrícula cuyo único requisito es decidir no comerse el cuento. Carla María habrá tenido mala barriga todo ese día y el mundo entero le pesará y, en ese ánimo —que si no será constante durante los nueve meses que cargará a la nena, tampoco será inédito—, se preguntará por qué, por más que intenta, nunca puede unirlos. **C**